

del mundo y escribió las delicadas y harto olvidadas novelas de sus *Ilustres Francesas*, con realismo amable y sencillo y de un modo sólido y verdadero.

De ella tomó Collé el asunto de su comedia burguesa *Dupuis y Desronais*, que tuvo tanto éxito : aventura patética del egoísmo paterno, protesta de un padre amante contra la institución del matrimonio. Challes se sentía atraído por el problema de la joven. El rostro de aquel suegro á pesar suyo tiene toques delicados y felices.

Es la historia de dos amantes honrados que retroceden en el momento de cometer la falta ; es la de una joven que da el ejemplo de que bastan la prudencia y la virtud para llegar á una elevada posición ; es el consejo dado á los padres de que no obliguen á sus hijos á seguir una vocación que no tienen ; es el caso de un libertino que vuelve al camino derecho gracias á una mujer honrada á la que pretendía seducir. Como se ve, todos estos son asuntos sencillos que nos hacen penetrar en el interior de los hogares burgueses, donde circula gente llena de vida y donde se ven mujeres que llevan « faldas de crespón negro » y « se pinchan los dedos » bordando en tapicería.

La novela se había reconciliado con la realidad y esta novedad agradó lo bastante para determinar una abundante cosecha de novelistas de ambos sexos, porque las mujeres también tomaron parte en el movimiento, y sería muy larga la lista si hubiéramos de citar á todas las literatas que escribieron entonces con éxito, como la señora Gómez, la señora Murat, Margarita de Lussán, la condesa d'Aulnoy¹, la señorita Durand, la señorita de la Force, la señora Petit-Dunoyer, la señorita Lhéritier, la señorita de la Roche-Guilhén, y la señora de Xaintoges².

Hay dos que merecen mención especial, las señoras de Villedieu y de la Fayette.

La primera está demasiado olvidada.

Catalina Desjardins nació en Alençon en 1640. Muy joven aún devo-

1. La condesa d'Aulnoy, después de traducir novelas españolas quiso escribir un *Viaje d'España*, que se parece á todos los viajes que suelen escribir los franceses sobre España. Los mismos franceses, como el señor Morel Fatio, reconocen que en su libro hay sobra de imaginación. No hay que olvidar que la condesa es más conocida como escritora de *Cuentos de Hadas*. (N. del T.)

2. España contaba ya con una novelista notable, D^a María de Zayas y Sotomayor, cuyas obras fueron muy estimadas en Francia. (N. del T.)

raba con pasión numerosas novelas que le hicieron perder el seso ; huyó con su primo para hacer lo mismo que las heroínas de las historias que leía. En París fué recogida por una señora en cuya casa había estado su madre sirviendo. Allí se dejó seducir por el señor de Villedieu, que se casó con ella ; después impulsó su marido á un duelo en el que perdió la vida. Brilló en la sociedad, se volvió á casar con un viejo y rico marqués, quedó de nuevo viuda, halló al primo de su juventud, se casó con él, adquirió las costumbres báquicas de su marido y murió á consecuencia de sus borracheras, á la edad de 43 años. Tal es la poco interesante personalidad de una novelista interesante.

Escribió mucho, contó con imaginación y extravagancia los *Anales Galantes de Grecia* y los *Amores de los Grandes Hombres* ; en la *Cámara de Justicia del Amor*, y en los *Retratos de las Debilidades humanas* campean aún la inverosimilitud y el preciosismo, lo mismo que en los *Desterrados*, *Tamerlán*, y *Carmante* ; sigue imperando en sus obras la estética de *Polexandro* y de *Artamenes*.

Pero sufre también una evolución y sus últimas novelas se distinguen por el cuidado que súbitamente la acometió de la verdad y de la observación escrupulosa. Respetó la historia y sólo la alteró en detalles sin importancia ; se documentó, compulsó archivos y anales y escribió novelas históricas admisibles. Si cuenta el *Peregrino* y *Don Carlos* se documenta, cita autoridades y sus relatos se hallan robustecidos con tal erudición que más de uno de ellos se atribuía al historiador Saint-Réal. Nos presenta á la condesa de Castilla bajo Ramiro XVI¹, rey de Oviedo, y á Bonifacio VIII y á Felipe II de España y al príncipe de Condé, Mad. d'Alençon y la Srta. de Tournón, con sencillez y sin desconocer las condiciones ordinarias de la existencia.

Podríase leer aún su novela los *Desórdenes del Amor*, que refiere con patético talento los amores de la Stra. de Sauve, viuda de un secretario de Estado de Carlos IX, con el duque de Guisa : el cuadro de la Corte de Catalina de Médicis y de Enrique III está lleno de vida, de animación é interés. Sus libros gustaron y La Bruyère nos refiere que los *Anales Galantes* y el *Diario Amoroso* hacían las delicias de las burguesas sensibles.

La que sobresalió con mucho entre todas sus contemporáneas en este género y logró escribir la obra maestra de la novela histórica, fué Mad. de La Fayette.

1. Como el lector sabe, no hubo ningún Ramiro en Castilla. Sólo hubo dos en León y tres en Aragón. Pero la autora no se para en pelillos. Esto recuerda la *Andaluza de Barcelona* de Musset. (N. del T.)

Magdalena Pioche de La Vergne (1633-1693) recibió una educación muy esmerada, aprendió latín con Ménage y á los veintidós años se casó con el conde de La Fayette. Gran dama festejada en la sociedad, tuvo algunas excelentes amistades literarias, como la de La Fontaine, de Segrais, de Huet, y sobre todo de la Rochefoucauld, cuya amistad antigua y segura le valió los más excelentes consejos. En colaboración con él escribió su obra maestra, la *Princesa de Clèves*.

Amable y amada, muy bien vista en la corte, ingeniosa y franca, tenía excelente juicio y gusto seguro; había leído mucho los buenos autores y decía de Montaigne que « le gustaría tener un vecino como él ». Sabía emplear la palabra exacta, tenía definiciones felices y salidas llenas de buen sentido¹.

Cuando escribió la *Princesa de Clèves*, La Rochefoucauld tenía 60 años y ella 44; hacía 13 años que duraban sus relaciones. La Sra. de La Fayette había compuesto ya novelitas muy apreciadas, como la *Princesa de Montpensier*, donde se presienten ya las páginas delicadas que había de escribir en la *Princesa de Clèves*, su obra maestra que es la más completa revelación de su talento distinguido.

Desarróllase la acción á fines del reinado de Enrique II, época brillante de fiestas y de intrigas en que apareció la Srta. de Chartres, tan linda que la blancura de su tez y sus cabellos rubios le daban un brillo nunca visto.

Fué educada por su madre, que se consagró á precaverla contra las emboscadas de la corte, « país de las lindas mentiras », contándole la poca sinceridad de los hombres, sus engaños y sus infidelidades, las desgracias domésticas á que conducen ciertos compromisos, y haciéndole ver, por otra parte, cuán tranquila era la vida de una mujer honrada y cuánto brillo y elevación daba la virtud á una persona hermosa y bien nacida.

Entre los numerosos pretendientes de la Srta. de Chartres se hizo notar y obtuvo la preferencia el Sr. de Clèves; á lo menos ella le aceptó « con menos repugnancia que á otro », sin tener inclinación especial por nadie. Y como era muy franca, se lo confesó á su marido, el cual, « al conquistar su mano, comprendió con tristeza que le quedaba que conquistar su corazón ».

En aquel momento llegaba de Bruselas el duque de Nemours y se dió un baile en el Luvre con ocasión del matrimonio de Claudia de Francia.

Empezó el baile y, mientras la princesa de Clèves bailaba con el Sr. de Guisa, entró el duque de Nemours, que saltó por encima de algunas sillas para llegar á donde se bailaba.

1. También escribió una novela morisca, *Zaida*, inspirándose (como la señorita de Scudéry en su *Almahida*) en el hermoso libro de Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*. (N. del T.)

Era este príncipe de tal suerte que costaba trabajo no sorprenderse al verle, cuando no se le había visto nunca, sobre todo aquella noche en que el esmero de su atavío aumentaba el brillo natural de su persona. Pero era también difícil ver á la Sra. de Clèves por vez primera sin experimentar el mayor asombro. El duque de Nemours quedó tan admirado de su belleza que, cuando estuvo á su lado y ella le hizo el saludo, no pudo menos de manifestar su admiración. Cuando empezaron á bailar corrió por toda la sala un murmullo de alabanza.

Nemours se enamoró inmediatamente y la Sra. de Clèves quedó tan turbada que, por primera vez en su vida, no se atrevió á declarárselo todo á su madre. Tenía ésta sospechas y observó que su hija no iba al baile del mariscal de Saint-André porque Nemours no asistía á él y porque había dicho: « No hay sufrimiento semejante al de ver á la mujer amada en un baile, á no ser el de saber que ella está y que uno no se encuentra en su compañía. »

Para disipar sus dudas anunció á su hija que el duque de Nemours estaba enamorado de la Delfina. Por la turbación de la desdichada comprendió inmediatamente lo que deseaba conocer y lo que temía descubrir, pero no pudo sacar partido de su descubrimiento porque murió poco después.

Su hija lloró sobre todo en aquella muerte la pérdida del sostén que tanto necesitaba para defenderse de su propio corazón. Veía sin cesar y forzosamente á Nemours en la corte y su pasión iba creciendo en silencio. Un día le robó éste su retrato y ella no tuvo fuerza para recobrarlo. Siente que su resistencia flaquea y no sabe á dónde volverse. Á falta de su madre ¿ á quién puede pedir auxilio? Piensa consultar á su propio marido, pero un incidente vino á precipitar los sucesos. En el juego de pelota se encontró una carta y corrió el rumor de que era un billete de Nemours á la Delfina. La Sra. de Clèves sintió algún despecho, pero poco después se supo que la carta era del señor de Chartres. Esta nueva versión produjo á la Sra. de Clèves una alegría que le hizo daño, porque le reveló lo grande de su amor. Ante este descubrimiento huyó á sus tierras de Coulommiers, y allí se lo confesó todo á su marido que la hostigaba con sus preguntas.

Hay que leer la escena que es una de las situaciones más atrevidas y que está tratada con una delicadeza y un encanto que hacen de ella una de las más hermosas páginas de toda esta época.

El Sr. de Clèves decía á su esposa: « ¿ Pero por qué no queréis volver á París? ¿ Qué puede retenernos en el campo? Mostráis desde hace algún tiempo una afición á la soledad que me admira y me aflige porque nos separa. Hasta os encuentro más triste que de costumbre y temo que tengáis algún motivo de aflicción. — No me ocurre nada que pueda atormentar mi espíritu, respondió ella con aire embarazoso; pero el tumulto de la corte es tan

grande y hay siempre tanta gente en vuestra casa que es imposible que no se cansen el cuerpo y el espíritu y que no busquen reposo. — El reposo, replicó él, no es propio de una persona de vuestra edad. Lo mismo en vuestra casa que en la corte no es posible que halléis lasitud y más bien temería que fuese un pretexto para separaros de mí. — Cometeríais una gran injusticia en atribuirme ese pensamiento, repuso con un embarazo que iba creciendo cada vez más; pero os suplico que me dejéis aquí. Si pudiérais quedaros conmigo tendría el mayor placer, con tal que estuviérais solo y consintiérais en prescindir de ese infinito número de gente que casi nunca se separa de vos. — ¡ Oh! señora, exclamó el Sr. de Clèves, vuestro ademán y vuestras palabras me hacen ver que tenéis motivos para desear la soledad, motivos que yo desconozco y que os ruego me descubráis. » Después de un largo debate en que el esposo pugnaba por conocer sus íntimos pensamientos y ella por defenderse de la curiosidad de su marido, permaneció algún tiempo sumida en profundo silencio con los ojos bajos y de pronto, tomando la palabra y fijando sus ojos en él, le dijo: « No me obliguéis á confesar una cosa que no tengo fuerzas para declarar, aunque varias veces lo he intentado. Pensad únicamente que la prudencia no aconseja que una mujer de mi edad y dueña de sus acciones viva expuesta en medio de la corte. — ¿Qué me decís, señora? exclamó el Sr. de Clèves; no me atrevo á interpretar vuestras palabras por temor de ofenderos. » La señora de Clèves no respondió, y su silencio acabó de confirmar á su marido en lo que había pensado: « No me decís nada, repuso, lo cual equivale á decirme que no me equivoco. — Pues bien, repuso ella arrojándose á sus pies, voy á hacer os una confesión que jamás ha hecho ninguna mujer á su marido; pero la inocencia de mi conducta y de mis intenciones me dan fuerzas para ello. Es cierto que tengo motivos para alejarme de la corte y que quiero evitar los peligros á que se exponen á veces las personas de mi edad. Jamás he dado señal de debilidad y no temería verme expuesta á darlas, si me permitiérais permanecer retirada de la corte ó si viviese aún mi madre para ayudarme á dirigirme. Por muy peligroso que sea el partido que adopto, lo adopto con alegría para conservarme digna de vos. Os pido mil perdones si abrigo sentimientos que puedan desagradaros; á lo menos no os desagradaré nunca con mis acciones. Pensad que para hacer lo que hago es preciso profesar á mi marido más amistad y estima que la que generalmente se tiene. Guíadme, compadecedme y amadme aún si podéis. »

El Sr. de Clèves había permanecido entretanto con la cabeza entre las manos, fuera de sí y sin pensar en levantar á su esposa. Cuando ésta dejó de hablar y fijó sus ojos en ella, viéndola á sus plantas y con su hermoso y admirable rostro bañado en lágrimas, pensó morir de dolor y abrazándola y levantándola, le dijo: « Señora, compadeced os de mí vos misma, pues soy digno de ello y perdonadme si, en los primeros momentos de una aflicción tan violenta como la mía, no respondo como debo á vuestra conducta. Me parecéis más digna de estima y de admiración que cuantas mujeres ha habido en el mundo; pero también me considero el más desdichado de los hombres. Me habéis inspirado una pasión desde el primer momento en que os vi y ésta dura aún, pues no han podido apagarla ni vuestros rigores ni vuestra posesión; jamás he logrado inspiraros amor y veo que teméis sentirlo hacia otro. ¿Quién es, señora, ese hombre feliz que os inspira semejante temor? ¿Desde cuándo os agrada? ¿Qué ha hecho para agradaros? ¿Qué camino ha seguido para llegar á vuestro corazón? Ha-

bíame consolado en parte de no haber hecho mella en él ante el pensamiento de que era tal vez insensible. Sin embargo otro ha hecho lo que yo no he logrado, y experimento al mismo tiempo celos como marido y como amante; pero es imposible mostrar celos de marido después de un procedimiento como el vuestro. Es demasiado noble para no inspirarme seguridad completa, y hasta me consuela como amante. La confianza y la sinceridad que me manifestáis tienen infinito precio; me estimáis bastante para creer que no abusaré de ella y no os amaré menos por eso. Me hacéis desdichado dándome la mayor prueba de fidelidad que pudo dar jamás una mujer á su marido; pero, acabad, señora y decidme quién es la persona cuya presencia queréis evitar. — Os ruego que no me lo preguntéis, pues estoy resuelta á no decíroslo y creo que la prudencia me impone el deber de callar su nombre. — No temáis, señora, respondió el Sr. de Clèves, conozco demasiado el mundo para ignorar que la consideración de un marido no impide enamorarse de su mujer. Por última vez, señora, os conjuro á que me digáis lo que ansío saber. — Os obstináis inútilmente, dijo ella, tengo valor para callar lo que creo que no debo decir. La confesión que os he hecho no nace de debilidad; se necesita más valor para confesar esta verdad que para tratar de olvidarla. »

El Sr. de Clèves, abrumado de dolor, ignoraba aún ó más bien sospechaba el nombre de su rival; cercioróse de ello, pues un día que estaba en la corte, supo que Nemours había ido entretanto á visitar á su esposa.

Las Sras de Nevers y de Martigues, al salir de casa de aquella, fueron á ver á la Delfina; allí estaba el Sr. de Clèves. Preguntóles esta princesa de dónde venían; dijéronle que de casa de la Sra. de Clèves donde habían pasado una parte de la tarde en compañía de mucha gente y que sólo habían dejado allí al duque de Nemours. Estas palabras, que creían indiferentes, no lo eran para el Sr. de Clèves; aunque bien pudo imaginarse que el Sr. de Nemours podía hallar con frecuencia ocasiones de hablar á su esposa, sin embargo el pensamiento de que se hallaba en su casa, de que no había nadie más que él y de que podía hablar á la Sra. de Clèves de su amor, parecióle una cosa nueva y tan insoportable que los celos inflamaron su corazón con más violencia que nunca. Fuele imposible permanecer en palacio; volvióse á su casa no sabiendo siquiera por qué volvía ni si tenía propósito de ir á interrumpir al Sr. de Nemours; luego que se acercó á su casa miró con atención para ver si observaba algo que le pudiese dar á conocer si el príncipe estaba aún allí: sintió el mayor consuelo al ver que no estaba y experimentó gran dulzura al pensar que no había podido estar allí largo tiempo. Imaginó tal vez que no era del Sr. de Nemours de quien debía estar celoso y aunque esto no le ofrecía la menor duda, procuraba dudar; pero eran tantos los motivos de persuasión que tenía, que no podía abrigar más largo tiempo la incertidumbre que le lisonjaba. Dirigióse primero á las habitaciones de su esposa y, después de haberle hablado de cosas indiferentes, no pudo menos de preguntarle lo que había hecho y á quién había visto; díjole ella lo que deseaba saber; pero, como vió que no le citaba al Sr. de Nemours, le preguntó temblando si no había visto á nadie más á fin de darle ocasión de nombrar al príncipe y de no tener el dolor de que le dijese una mentira; como ella no le

había visto, no le nombró y el Sr. de Clèves, recobrando la palabra con acento que demostraba su aflicción le dijo: « ¿ Y el Sr. de Nemours no le habéis visto ó le habéis olvidado? — No le ha visto, en efecto, respondió ella; me hallaba indispueta y envié á una de mis damas á decirle que me excusara. — ¿ Sólo os hallásteis indispueta para él, respondió el Sr. de Clèves, puesto que visteis á todo el mundo? ¿ Por qué esa distinción con el Sr. de Nemours? ¿ Por qué no le tratáis como á cualquiera otro? ¿ Por qué teméis su vista? ¿ Por qué le dais á entender que le teméis? ¿ Por qué le hacéis conocer que os servís del poder que su pasión os da sobre él? ¿ Os atreveríais á negaros á verle si no supiéseis que sabe distinguir entre vuestros rigores y la descortésia? Pero ¿ por qué os mostráis rigurosa con él? Tratándose de una persona como vos, señora, todo es un favor excepto la indiferencia. — No creía, respondió la Sra. de Clèves, por mucho que sospechéis del Sr. de Nemours, que pudiéseis echarme en cara el no haberle visto. — Sin embargo, señora, os lo echo en cara, replicó, y no me falta motivo. ¿ Por qué no verle si no os ha dicho nada? Pero señora, seguramente os ha hablado; si sólo os hubiese demostrado su pasión con su silencio, ésta no habría podido hacer en vos tan gran impresión; no habéis podido decirme la verdad completa, y me habéis ocultado la mayor parte; hasta os halláis arrepentida de lo poco que me habéis confesado y no tenéis fuerza para continuar. Soy más desdichado de lo que creía; soy el más desdichado de los hombres. ¡ Sois mi esposa, os amo como si fueseis mi querida y veo que amáis á otro! Este otro es el más amable de la corte, os ve todos los días y sabe que le amáis. ¡ Cómo he podido creer, exclamó, que lograríais vencer la pasión que os inspira! Es preciso que haya perdido la razón para creer que fuese esto posible. — No sé, respondió tristemente la Sra. de Clèves, si habéis hecho mal en juzgar favorablemente un procedimiento tan extraordinario como el mío; no sé si me he equivocado en creer que me haríais justicia. — No lo dudéis, señora, replicó el Sr. de Clèves, os habéis equivocado y habéis esperado de mí cosas tan imposibles como las que yo esperaba de vos. ¿ Cómo podíais esperar que conservase yo la razón? ¿ Habíais olvidado acaso que os amaba perdidamente y que era vuestro esposo? Si uno y otro pueden llegar á medidas extremas, ¿ qué no harán los dos juntos? Me siento animado de sentimientos violentos é inseguros que no puedo dominar; ni yo me considero ya digno de vos, ni me parecéis ya digna de mí; os adoro y os odio; os ofendo y os pido perdón; os admiro y me avergüenzo de admiraros; en fin, he perdido la calma y la razón. »

El más digno de lástima fué el marido. Devorado por la fiebre, su vida llegó á ser un tormento. Mientras su esposa estaba en Coulommiers, él tuvo que ir á Chambord con el Rey. Cierta día se ausentó Nemours y esto despertó nuevamente las sospechas de Clèves, el cual envió á un caballero para espiar á su rival. Supo de esta suerte que habían visto á Nemours entrar dos veces de noche en el parque. Á decir verdad, la primera sólo vió desde lejos á la Sra. de Clèves inmóvil y como soñando ante un cuadro del sitio de Metz donde él figuraba. La segunda vez no vió á nadie y anduvo errando algunos momentos por el parque; pero el relato de estas dos entradas nocturnas hirió profundamente á Clèves en el corazón. Cayó en cama con violenta fiebre y su

esposa acudió y logró calmar un tanto su dolor haciéndole protestas de su perfecta inocencia.

Clèves, que estaba gravemente enfermo, murió.

Otra mujer distinta de la princesa de Clèves se hubiera creído libre; pero para ella aquel amor seguía siendo culpable y criminal, puesto que había causado la muerte á su marido. Retiróse á un convento donde recobró la paz del alma, la serenidad y la seguridad. Entonces pudo recibir sin temor á aquél á quien había amado y se lo declaró sin debilidad.

No os excuséis, repuso ella, hace largo tiempo que os he perdonado... Os confieso que me habéis inspirado sentimientos que me eran desconocidos antes de haberos visto y de que yo misma tenía tan escasa idea que en un principio me causaron una sorpresa que aumentaba la turbación que siempre los acompaña. Os hago esta confesión con menos vergüenza, porque hoy puedo hacerla sin cometer un delito y porque habéis visto que mi conducta no se ha ajustado á mis sentimientos.

Se fué á los Pirineos; Nemours la olvidó y amó á otras y he aquí una novela que es como una hoja de la vida. Es una obra admirable por su tono sobrio, discreto, sencillo y delicado. Rara vez se planteó una situación tan atrevida, porque no es lo común que sea el marido el confidente de esta clase de asuntos. Aquel caso maravilloso inflamó los ánimos y fué apasionadamente discutido. ¡ Se juzgó extravagante la confesión de la princesa á su marido!

Semejante declaración maravilla porque hay en ella algo de superior y heroico. En semejante invención se adivinaba claramente que el viejo Corneille había recreado la juventud de Mad. de la Fayette. Ella misma tuvo una grande alma de sólido temple. En su novela hay como una inspiración corneliana. Es Paulina que confiesa á Poliuto su amor á Severo y sabe conservar la estima y la respetuosa adoración de ambos.

En cuanto al Sr. de Clèves era digno de ser el confidente de tal mujer. Quiere saber y se avergüenza de esta debilidad; es á la vez curioso y discreto y no deja nunca de ser caballero. « Rechazadme cuantas veces solicite semejante cosa, pero, sin embargo, no os ofendáis de que la solicite. »

El caso era embarazoso. ¿ Qué hacer? El ejemplo de la princesa de Clèves no era á propósito para alentar á nadie, pues había causado la desgracia de tres personas. La originalidad consiste en haber dejado al esposo una dignidad conmovedora y que no tenía nada de ridícula. ¿ Tuvo razón la princesa? ¿ No era esto más bien asociar al marido al sufrimiento, en lugar de buscar auxilio? Á la ternura confiada de aquél sucedió la ternura dolorosa que dió lugar á esta frase del Sr. de Clèves: « ¿ Por qué no me dejásteis en esa tranquila ceguera de que gozan tantos maridos? »

Como se ve, la virtud resulta mal recompensada. La obra es hermosa y triste, porque en ella no triunfa el amor como en *Romeo y Julieta* y en *Pablo y Virginia*. Es también triste porque comprueba la impotencia de la voluntad en lucha con el corazón. ¿No hay pues felicidad ni aun en el deber?

Véase la escena de la confesión. Ambos lloran y ¿por qué? No han hecho nada malo, al contrario se han conducido muy bien. Lloran el mal que no han podido evitar y su impotencia contra la fatalidad, y en esto hay que reconocer la doble colaboración de Mad. de La Fayette y de la Rochefoucauld. La primera cree en nuestras fuerzas, en el deber cornelianiano, en la felicidad de una vida sin tacha. La Rochefoucauld¹ no reconoce sino el amor propio y el egoísmo cuyos gérmenes encuentra hasta en la amistad y en la piedad (*Máximas*).

Es él quien ha puesto en este relato el correctivo de la fatalidad, de la debilidad y del olvido.

Resta hacer otra observación: En la *Novela Burguesa*, dice Furetière, hablando de los amores de Bedout y de Lucrecia: « Si se llevaron bien ó mal, podréis averiguarlo algún día cuando llegue la moda de escribir la vida de las mujeres casadas. » Entonces no se escribía. Las historias eran anteriores á los desposorios y acababan con la boda. Es ésta la primera vez que la novela refiere dramas de la vida conyugal y este problema despertó el mayor interés. Como cuando se representó á *Polixuto*, decían: « He ahí sin embargo una honradísima mujer que no ama á su marido. » Y esto pareció conforme con la vida, porque de esta suerte volvemos á nuestro punto de partida: La novela y la vida.

Con la *Princesa de Clèves* quedó creada la novela de costumbres, y quedaron desterradas por completo la fantasía y la inverosimilitud. A esta novela iban á seguir: *Gil Blas*, *Mariana*, *El aldeano enriquecido*, *Manón Lescaut* y *Pablo y Virginia*.

Históricamente la novela era un relato ficticio puesto que ni el príncipe de Clèves² se casó con la Srta. de Chartres, ni murió de celos, pues fué muerto en la batalla de Dreux en 1561. Pero más que la verdad histórica, palpita en la novela la verdad humana; tiene aspecto de verdad, parece un página arrancada de la vida y nos coloca muy lejos de *Polexandro*.

1. Es muy digno de notarse que la mujer ha desempeñado siempre un papel preponderante en la literatura francesa. Prescindiendo de *las Preciosas*, raro es el autor (Voltaire, Rousseau, Saint-Evremond, La Fontaine, etc.) que no aparece auxiliado por una Egeria ó sirviendo á las damas de maestro, colaborador ó sigisbeo. (N. del T.)

2. *La Princesa de Clèves* fué traducida y tuvo mucha boga en España en la época del romanticismo. (N. del T.)

Antes de abandonar á los novelistas no podemos olvidar á la Sra. d'Aulnoy, con su *Pájaro azul* y su *Gata blanca* que es de lo más gracioso, en medio de su estudiada sencillez, ni desdeñar la deliciosa colección de los *Cuentos* de Perrault.

En sus agradables memorias nos refiere Perrault la historia de su juventud y de su edad madura. Nacido en París el 12 de enero de 1628, después de aprender á leer con su madre, frecuentó como externo el colegio de Beauvais, de donde se escapó un día para continuar, en los jardines del Luxemburgo, sus estudios de humanidades, leyendo todos los libros de la Roma antigua. Recibióse de abogado y anunció en sus escritos algunas reformas que la Revolución debía realizar, como por ejemplo el derecho consuetudinario que debía ser el mismo para toda Francia, igualmente que los pesos y medidas.

Entró al servicio de su hermano mayor, que era recaudador de contribuciones de París, y, aprovechando sus ocios, compuso versos. En su juventud había hecho una parodia del VI canto de la *Eneida* burlándose de « la sombra de un cochero que con la sombra de un cepillo limpiaba la sombra de una carroza ».

Rimó un *Retrato de Iris* y al mismo tiempo se ocupó en vigilar los trabajos de una casa que hacía construir en Viry. Arquitecto en sus ratos perdidos, tuvo la primera idea de la fachada del Luvre que su hermano Claudio debía construir luego « embelleciéndola infinitamente ». Amigo y consejero de Colbert, se hizo recibir miembro de la Academia, donde leyó su poema en verso el *Siglo de Luis el Grande*. Partidario de los modernos afirmó sus preferencias en el *Paralelo de los Antiguos y de los Modernos*.

Retirado á una casa del barrio Saint-Jacques, barrio de las escuelas, para dirigir la educación de sus hijos, consagróse á ellos, y les contó seguramente, antes de escribirlos, los cuentos que han inmortalizado su nombre.

Aunque fué un espíritu brillante, ansioso de comprenderlo y conocerlo todo y, ya que no universal, por lo menos erudito en muchas materias, como bellas artes, letras y ciencias, y aunque estaba dotado de un entendimiento amplio y abierto, no había conquistado hasta entonces sino una reputación bastante modesta, por haber tomado parte en la querrela de los antiguos y de los modernos; no hubieran sido seguramente los versos de la *Eneida disfrazada*, ni aun con el aditamento de la burlesca ilustración de Claudio, los que hubieran asegurado su fama en la posteridad.